

ce: ¡Amaos unos á otros! ¡Oh! ¡Divino san Juan! tus únicos y legítimos herederos son las mujeres.

DIVISION DE LA OBRA.

Las mujeres son hijas, esposas, madres, y miembros del Estado. Nuestra obra seguirá estas cuatro grandes divisiones naturales, subdivididas, como ellas, en otros tantos capítulos cuantas sean las distintas faces que presenta cada una de esas condiciones; conteniendo además, en cada capítulo, el pasado y el presente y (con toda la cautela que reclama nuestra insuficiencia) también el porvenir.



LIBRO PRIMERO.

LA HIJA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Nacimiento.

Ved allí un lecho de dolor; desnudo y tosco, así para el rico como para el pobre; lo mismo para los pueblos del Norte que para los del Mediodía, porque se necesita una cama dura para tan dura operación..... Hay una mujer que está sufriendo los dolores del parto. Cerca de ella se encuentran su marido inquieto, su madre espantada, el médico silencioso, y todas las miradas ansiosas se dirigen hácia este último. Están esperando.

Óyese súbitamente un débil vagido, primer acento de la vida. La criatura ha nacido.—¿Qué es? ¿qué es?... preguntan con ansiedad.—*Es una niña!*... ¡Durante cuántos siglos y en cuántas naciones la frase *es una niña* han sido palabras de aflicción y aun un signo de afrenta!

Entre los judíos, la mujer (1) que habia parido un niño

(1) Levítico.

era excluida del santuario durante cuarenta dias; y por espacio de ochenta si tenia una hija. En la India, la reprobacion que se echaba sobre la niña recién nacida, era consecuencia de la misma religion. Esta atribuía al advenimiento de los niños raras y piadosas influencias. Enlazando entre sí todas las generaciones, por medio de una solidaridad afectuosa, queria que las acciones buenas ó malas de un hombre, no fuesen suficientes para conducirle, despues de su muerte, á la mansion de la dicha ó del dolor. Su salvacion no dependia de él solo, sino de sus descendientes; y el alma del abuelo vagaba affigida al rededor de la morada venturosa, mientras sus hijos no habian celebrado, en su honor, el sacrificio fúnebre, el Sraddha, cuyo holocausto de piedad y obra de salvacion no podian cumplir las hijas. Separadas de su propia familia, inútiles á los seres mas llorados de ella, su estéril ternura sentia los males de sus padres, creia en ellos, los lloraba, y no podia aliviarlos. De ahí esa inquietud en cada nacimiento, y el distinto contraste que tenia lugar segun fuese el sexo del recién nacido. Si era un niño (1), casi antes de que hubiese dado el primer vagido, cuando aun estaba pegado al seno materno, el padre corria en busca de lo mas dulce que ofrece la naturaleza y de lo mas precioso que encierra la tierra: miel y oro. Endulzaba los labios del hijo, y al son de palabras santas, recitadas con solemnidad, le daba los títulos

(1) Hay una ceremonia prescrita para el nacimiento de un hijo varon. Se le debe hacer catar miel, manteca clarificada y oro, recitando palabras sagradas. *Leyes de Manú*, t. 2, pág. 29.

mas expresivos que pasaban despues á ser sus nombres: llamábanle Puttra (1) *Salvador del Infierno*, ó bien el *Hijo del deber*, porque, merced á él, la deuda de los abuelos se hallaba satisfecha. Además, la misma madre participaba de esos honores, y en aquella familia india que contenia siete ú ocho esposas de distintos grados, la *madre de un niño* ascendia, por la sola fuerza de este título, al primer puesto. Al nacer una hija acontecia todo lo contrario: reinaba el mas profundo silencio: no habia cantos sagrados, ni fiesta religiosa. ¿Con qué alimento se la iniciará en la vida? ¿con la leche? ¿con la miel? La ley religiosa ni siquiera lo dice. ¡Qué le importa! es una niña. ¿Qué título se la dará? Ninguno; puesto que nada representa: todo lo que el legislador reclama para ella es que su nombre (2) sea suave y fácil de pronunciar. La madre lloraba y temblaba; con semejante nacimiento tenia menos segura la permanencia en la casa de su marido, porque la mujer que solo daba á luz hijas (3) podia ser repudiada al undécimo año. Así lo dice Manú.

En Atenas, el padre de una niña mandaba, con despecho, que colgasen sobre su puerta un copo de lana, en vez de guirnaldas de olivo, que debian anunciar á la ciudad: *Ha nacido un niño en esta casa.*

(1) *Leyes de Manú*, lib. IX, v. 438. En razon á que el hijo libra á su padre del infierno llamado *Put*, ha sido llamado *Salvador del infierno*, (*Puttra*) por el mismo *Brahma*.

(2) *Leyes de Manú*, lib. 2, v. 33.

(3) Una mujer estéril puede ser repudiada al octavo año; la que solo tiene hijas al undécimo. (*Leyes de Manú*, lib. IX, v. 81.

En Esparta, por cada diez niños abandonados, como demasiado gravosos para educarlos y colocarlos, contábase siete hijas. Su sexo equivalía á una deformidad (1). En Roma colocábase al recién nacido á los piés de su padre (2) que podía levantarlo ó abandonarlo á su placer. Cuántas veces el patricio, con toda la cólera de un extraviado orgullo, se habia apartado de la pobre criaturita, tendida al suelo delante de él, permaneciendo sordo á sus lloros y á sus gemidos! Todo era en vano: era una niña.

Entre nuestros ascendientes y bajo el régimen feudal, el padre consideraba el nacimiento de una hija como una calamidad. La historia (3) refiere: que cuando presentaron á Luis XI su primera criatura, Juana de Valois, en *Nogent-le-Rotrou*, fué tal su indignacion, que volvió á partir inmediatamente á París, prohibiendo los regocijos públicos y mandando que, desterrada la niña en Linieres, estuviese privada, durante cuatro años, de las caricias de su madre y de ver nunca á su padre. Ni aun el nacimiento de un niño pudo ser parte para desarmar el odio de Luis XI contra su inocente hija. La primera vez que la vió no hizo mas que proferir estas palabras: *Nunca hubiera creído que fue-*

(1) *Antigüedades griegas*, t. 2, c. 15.—Aristófanés, *Las ranas*.

(2) Habia dos palabras para expresar la desgracia de los hijos desechados por el padre, ἀποτίθεσθαι, para significar la esposicion de un niño, condenado á perecer por su deformidad; ἐκτίθεσθαι, para explicar el abandono de un niño que no podia ser alimentado por sus padres, demasiado pobres. Este abandono era mucho mayor en las hijas, puesto que su educacion mas cara y su colocacion mas dificultosa, constituía, á menudo, una verdadera carga.

(3) *Historia de Juana de Valois por Pierquin de Gembloux*.

se tan fea. Despues manifestaba tanto coraje al verla, que el aya de la pobre niña la escondia entre los pliegues de su vestido, si el padre acertaba á pasar, y aun se refiere, que poseido un dia de un ciego furor, desenvainó contra ella la espada, hirióla cerca de la sien izquierda (en la que la quedó una cicatriz indeleble) y la hubiera muerto, indudablemente, á no haber sido por M. de Linieres que desvió el arma. Despojad este odio, propio de la ferocidad y crueldad del carácter de Luis XI, y tendreis pintado al vivo el corazon de mas de un padre feudal, de mas de un gran señor del renacimiento, de mas de un cortesano del siglo XVII y XVIII, de mas de un noble de ayer, de mas de un pequeño propietario de hoy, y de mas de un hombre del pueblo.

Este, cuyo lenguaje está impregnado del espíritu de las cosas, designa con cierto sarcasmo, y parece que despoja de una parte de su valor viril, al hombre que solo tiene hijas. Preguntad á algun labriego por su familia y os contestará: Yo no tengo hijos, señor, solo tengo niñas. Si la consorte de un colono breton da á luz una niña, este todavía hoy dice: mi mujer ha tenido un mal parto.

Y ciertamente, existe aquí un hecho moral muy complejo y misterioso, mas como ni la vanidad, ni la preocupacion, pudieran explicarlo, es menester acudir á otra parte.

La prevision es lo que distingue el amor paternal y maternal de todos los demás sentimientos, y lo que lo hace superior á todos. El amante, el amigo, el hermano y el

marido pueden amar con tanta pasion y desprendimiento como el padre y la madre, pero su ternura se extiende casi enteramente al presente, cuando la de los padres y de las madres no se concreta jamás, ni á la salud actual, ni á la fortuna ó á la dicha del momento, sino que siempre ven á su hijo á diez años de distancia y son los atalayas del porvenir. Ahora bien, ese sentimiento de prevision, fundamento del amor maternal, es precisamente el que da el grito de alarma al nacimiento de una hija. Todo padre verdaderamente sensato, al recibir por primera vez en sus brazos á la tierna criatura, que acaba de salir á luz, debe preguntarse con una ansiedad cien mil veces mayor que si se tratase de un hijo: ¿qué será de ella? ¿Es tan dura, tan incierta la vida para una niña!! Si es pobre; cuántos peligros de miseria! Si rica, cuántas probabilidades de verse aquejada de dolores morales! Si no puede tener otro sosten que el de su trabajo, ¿cómo se la pone en estado de alimentarse, en una sociedad en que las mujeres apenas ganan para no perecer de hambre? Si no tiene dote, ¿cómo se la casará en este mundo en que, teniendo únicamente una representacion pasiva, se ve obligada á comprar á su marido? Y si no se casa ¿cómo preservarla de algun desliz, hallándose rodeada de tantos precipicios? y si da algun tropiezo ¿cómo levantarla en medio de un órden de cosas tal en que no se la perdona la menor falta? La riqueza, el esplendor de la posicion, la salud, la hermosura, las dotes del alma, no bastan para consolar á un padre, porque ya sabe que la vida de su hija es relativa, que hasta su dicha

y su desarrollo estarán á merced de otro, y de ahí el desaliento en el corazon paterno. Esta hija no le pertenece, puesto que ella no se pertenece á sí misma: cuando es joven, la pierde: cuando niña, sabe que ha de perderla: el porvenir que falta á su afecto lo entibia y lo circunscribe.

La ternura, en verdad, no se alimenta de sí misma: amar, excepto en los pasajeros arrobamientos del amor, no consiste en decir solamente, *te amo*, es trabajar y pensar á la vez. Una afeccion que no envuelve nuestra vida entera en una mezcla de ocupaciones comunes, no llena mas que la mitad de nuestra alma, y el amor paternal, sobre todo, que en razon á sus mismos deberes de educador, se completa con la esperanza, solo encuentra en la presencia de un hijo un alimento para todas sus necesidades. Si somos industriales, vemos en nuestro hijo al continuador de nuestros trabajos, si comerciantes, consideramos ya de antemano su nombre agregado al nuestro, y el amor propio se satisface con la idea de haber sido fundadores de una casa que aumentará su esplendor, bajo la direccion comun de N. N. *padre é hijo*: Si somos sabios, les guardamos las ideas que no han tenido tiempo ó fuerza para madurar, y apareciéndonos nuestra posteridad moral perpetuada en la material, no echamos de menos la gloria que nos ha escapado, desde el momento en que la creemos destinada á un ser tan querido. Así, y solamente así, se prolonga nuestra terrenal existencia, y encadenándose nuestros dias con los suyos, que á su tiempo se enlazan con los de sus hijos, casi nos presentamos

37276

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. T. R.
"ALFONSO R. YES"
1625 MONTERREY, M.

la perspectiva del infinito, en lugar del aspecto de la muerte, tan repugnante á nuestra imaginacion.

Con una hija, no tiene cabida ninguno de esos goces. A consecuencia de la organizacion despótica del matrimonio, se han roto los vínculos legales, y los de sociedad pueden destruirse, tambien, entre el padre y la hija casada (1). A causa de su insignificante educacion, casi es imposible, entre ambos, ninguna comunidad formal de trabajo, salvo raras excepciones. Como las buenas doctrinas son á menudo estériles bajo la influencia del marido, el padre y la madre pueden vacilar en desarrollar en sus hijas los mas puros sentimientos de un gran corazon, por ejemplo, el amor al bien; y sobre todo el sentimiento de lo bello, porque acontece un millon de veces que, la cultura de la inteligencia, la generosidad del alma y la caridad, son causas incesantes de lucha y discordia con sus maridos. Hay, finalmente, una preocupacion cruel, en la que nos detendremos un momento, puesto que ocasiona que el nacimiento de las niñas sea una verdadera desgracia: tal es el sufrimiento particular y la especie de vergüenza inherente al celibato.

El nombre de doncella vieja hace temblar á los padres. Como si no bastara que significase por sí solo privacion de los mas dulces goces, y de vez en cuando miseria, lleva además en sí la idea del ridiculo. Una soltera vieja es, por decirlo así, bochornosa en la vida, hallándose bajo el

(1) El derecho del marido, segun lo demostraremos, puede extenderse hasta este punto.

dominio de las miradas y suposiciones burlonas. No pareciendo su pobreza un motivo suficiente para explicar su celibato, la malignidad busca, y encuentra con frecuencia, á puro revolver el pasado, algun motivo mas triste aun para la pobre víctima, ya en alguna defectuosidad secreta, ya en alguna falta ignorada. ¿Por qué, pues, se insulta el celibato de la mujer y se amnistia el del hombre? ¿Ofrece acaso el solteron un tipo tan digno de respeto?... Egoista comunmente, desconfiado, sujeto á menudo al degradante imperio de alguna criada, tal vez no ha buscado otra cosa en su celibato voluntario que un medio para prolongar los desórdenes de su juventud, ó de reservar todos sus pensamientos para sí: la soltera vieja, por el contrario, casi siempre se ha quedado sin casar, por demasiada confianza en una engañosa promesa, por fidelidad á un amor al cual sucedió el olvido, ó por demasiado afecto á sus padres: de suerte que su aislamiento nos representa una virtud ó una desgracia. Agria, porque es agriada, y mojigata porque se juega con su pudor, suele redimir esos defectos inherentes á su posicion, con mil pruebas de desprendimiento y afecto. Su corazon necesita una familia; huérfana, se adhiere á sus abuelos; privada de ascendientes, busca alguna hermana pariente jóven á quien amar; y en la familia que ha elegido representa un papel que participa del carácter de abuela y aya, y que los alemanes llaman *tia niñera*. La soltera vieja se encarga de lo que nadie quiere hacer: tiene paciencia para enseñar á los niños las letras y las notas de música, les viste, les lleva á paseo, les guarda en casa, y

nunca falta en su memoria un cuento que les divierta; en su cajon golosinas que les atraigan.

Si esta defensa de la doncella vieja es justa, ¿qué dices de la libertad, y el bienestar de la doncella jóven?

Hemos descrito todos los gozes que nacen de la asociacion del hijo y del padre; pero, segun se ha visto, consisten mas bien en esperanzas que en realidades; son mas gozes futuros que gozes actuales. Unicamente la hija completa su madre le afligen, pero solo es por espacio de una hora; y el encanto que difunde en la casa, para sacar de su posicion ingrata, nos enseña que la familia la biera la dicha, estando mejor ordenadas las cosas.

Si el hijo representa en ella la esperanza, la mision de la familia se aviniera con su ideal, seria vuestra, com-hija es representar la pureza: merced á su presencia, completamente vuestra; representaria la educacion doméstica. dice el indio en su poético lenguaje, el padre participa de la vida de las doncellas. ¿Cuando la madre llora, es el que la consuela?... ¿Cuando el padre padece, es el que le ayuda?... ¿Quién sale á recibirle en la puerta al retirarse, por la noche, preocupado y extenuado de fatiga?... ¿quién enjuga el sudor de su frente? Su hija, ó su madre. Cumplida esta tarea, no temais que os abandone cuando pase á morar en otra casa; que no se apartará de vos sino para ser madre á su vez, y volviendo á recorrer entonces, como institutora, el camino que ha- que le recoge los incómodos vestidos cuando se apartará de vos para ser madre á su vez, y volviendo á recorrer entonces, como institutora, el camino que ha- que le recoge los incómodos vestidos cuando se apartará de vos para ser madre á su vez, y volviendo á recorrer entonces, como institutora, el camino que ha-

Lo mismo acontece con la educacion. Apenas vuestro hijo ha salido de la infancia, cuando la educacion pública reclama y os lo arrebatada. Si habitais en provincia, vuestro hijo no os abandona; mas no obstante, transportado á cien leguas léjos de vos; si morais en París, por la necesaria actividad que constituye la vida del hombre, sus visitas son mas raras; mas breves sus palacias, sois padre dos veces cada mes, ó una vez cada año. El hombre no sabe consolar. Sucede al revés con

vuestro hijo vuelve desprendido de vos, educado por otro, no buscando bajo vuestro techo mas que el placer de la

Terminados sus estudios, las diversiones y el juego os

disputan; la casa paterna es para él una cárcel; vos sois alcaide, y lo que es peor aun, su cajero. No hay duda que vuestras reconvencciones le conmueven, y las lágrimas su madre le afligen, pero solo es por espacio de una hora; tiene el ardor febril de la vida y es menester que viva; ¿no habeis vivido tambien vos? Hé aquí al niño hasta que si la organizacion

de la familia se aviniera con su ideal, seria vuestra, com-hija es representar la pureza: merced á su presencia, completamente vuestra; representaria la educacion doméstica. dice el indio en su poético lenguaje, el padre participa de la vida de las doncellas. ¿Cuando la madre llora, es el que la consuela?... ¿Cuando el padre padece, es el que le ayuda?... ¿Quién sale á recibirle en la puerta al retirarse, por la noche, preocupado y extenuado de fatiga?... ¿quién enjuga el sudor de su frente? Su hija, ó su madre. Cumplida esta tarea, no temais que os abandone cuando pase á morar en otra casa; que no se apartará de vos sino para ser madre á su vez, y volviendo á recorrer entonces, como institutora, el camino que ha-

vuestra hija: ya sea viuda, ya esté libre, se coloca junto vuestra cabecera, ó detrás de vuestro sillón de enfermo, infunde en los corazones mas incrédulos, la creencia en la Divinidad, á copia de bondades verdaderamente divinas; ¿Quién de nosotros no ha encontrado en la vida á alguna de esas Cordelias postrada de rodillas delante de un padre valetudinario y caduco? Por una contradicción, verdaderamente sensible, la hija entonces pasa á ser la madre: aun á menudo las voces tiernas y cariñosas reservadas para la infancia, esas palabras propias tan solo de los labios maternos, suelen ser trocadas entre ellos con una gracia encantadora, porque el anciano echa de ver ese cambio de papeles, y con una sonrisa, llena á la vez de melancolía y ternura, dice á su hija: bien se me alcanza que no hagas mas que niñadas, pero soy muy feliz siendo tu hijo.

Tales son, en parte, los beneficios con los cuales las hijas combaten en el corazón paternal, la preocupación que afecta su nacimiento; mas como esta proviene de razones materiales y de instituciones, son necesarias instituciones que la destruyan. Desde el principio, y tomando á la mujer en su cuna, hemos visto los lazos á que ha de estar sujeta: insuficiencia de educación para la jóven rica; insuficiencia de salario para la pobre; exclusion de la mayor parte de las profesiones; dependencia de la casa conyugal; con lo cual se demuestra la necesidad de todas las reformas, que en el curso de la exposicion de las ideas iremos desarrollando. Dificiles son estos cambios; sin embargo, el perfeccionamiento de la familia debe conseguirse á este precio. Entonces solamente

mezclada la hija en la vida moral y material de sus padres, figurará como compañera y ayuda en la casa en que solo es una carga: será su alegría, así como el hijo es su orgullo; y á nuestros ojos aparecerá delineada la primera imágen de ese bello ideal que buscamos; la unidad, nacida del desarrollo de las diferencias.

CAPÍTULO II.

Derecho de sucesion.

La cuestion del derecho de sucesion se presenta despues de la del nacimiento. Sobre este punto, felizmente, la conquista está terminada, y la desigualdad entre el hijo y la hija no es mas que un recuerdo del pasado, al cual debemos algunas lecciones. Esta primera mejora legitima las demás esperanzas de progreso: nos enseña que, aun partiendo de un terreno bajo, se puede llegar á elevada altura: nos hace ver todas las fases de perfeccionamiento; pone en descubierto, en las vicisitudes de su progreso, el principio despótico de la familia romana, el principio rudamente heróico de la familia bárbara, el principio políticamente egoista de la familia feudal, el vanidoso principio de la familia nobiliaria, y de esta suerte comprendemos mejor, por el contraste, el principio de afecion que debe presidir al desarrollo de la familia moderna. Es una especie de drama histórico, cuyo argumento es la familia; la hija, la hermana y el hermano, sus principales personajes: es la historia de un progreso.